

CHARLES SAMUEL STEWART, A.M.

Cartas sobre una Visita al Perú en 1829

[De *A visit to the South Seas in the U.S. Ship Vincennes* (1829-1830) with scenes in Brasil, Perú, Manila and Cape of Good Hope and St. Helena. New York, J.P. Ilaven, 1831, 2 vols.— Versión castellana de José Paz Garay que incluye las págs. 136 a 203 del texto original del primer volumen.]

Carta IV

LLEGADA AL CALLAO

U.S. buque "Guerriere", Callao

Junio 22, 1829

Nada de importancia ha sucedido en el transcurso de diez días, desde Valparaíso hasta este puerto. Tuvimos una agradable travesía con buen viento y fresco; pero la temperatura fue generalmente desagradable y nebulosa. La mañana del 18 esperábamos llegar a las cercanías del Callao antes del atardecer, o tarde por la noche, pero a pesar de una clara luna, la atmósfera estaba tan densa que nos vimos obligados a ponernos al paio, a una temprana hora, y esperamos el amanecer del día.

Por la mañana la temperatura seguía todavía bajando, con una neblina casi llovizna y no fue hasta las nueve que se empezaron a ver por entre la brisa, los desnudos cerros de San Lorenzo, una isla que protege el puerto del mar. Ya estábamos al Norte de ella, y con la dirección del viento hacia el anclaje: la tierra, a doce o quince millas de distancia, todavía permanecía encapotada.

Al mismo tiempo, se divisó una vela a cinco o seis millas a sotavento, avanzando también hacia el puerto; la que, mientras más nos acercábamos, tenía la apariencia de un buque de guerra; y poco después resultó ser el "St. Louis", Capt. Sloat. Había sido despachada de Río de Janeiro, por el Comodoro Thompson, diez días antes de zarpar nosotros; pero después de una travesía tempestuosa y desastrosa por el Cabo de Hornos, llegó a Valparaíso sólo uno o dos días antes que el "Guerriere"; y había zarpado nuevamente hacia el Perú, la misma mañana de nuestra llegada a ese punto, y sin embargo, después de una separación de más de dos meses, todavía llegamos al Callao —como habíamos dejado los Estados Unidos— en mutua compañía.

A las dos se distinguían entre la niebla las embarcaciones al fondo de la bahía bajo la dirección del comodoro Jones en el más-

til de la fragata "Brandywine"; y mientras compartíamos una rápida comida, la llamada hizo eco en todas las cubiertas: "Toda la tripulación lista para ayudar a anclar, ah!".

Todas las caras irradiaban alegría ante el propicio fin del viaje y en escrupuloso silencio rígidamente exacto, del anclaje del buque de guerra, me entregaba a pensamientos de agradecida adoración a esta bondadosa providencia, que había traído un grupo tan numeroso de gente todos sanos y salvos a través del inmenso mar, cuando el oficial al mando dio la primera orden de bajar velas —"plegar las velas"—. No bien se había hecho esto cuando se escuchó el terrible "Hombre al agua", "Hombre al agua" grito que corrió rápidamente desde el castillo de proa hasta el alcázar; y, un momento después, se supo que uno de la tripulación había caído del castillo de proa —una altura de más de 150 pies— al mar ¡Un estremecimiento de horror pasó por cada uno, en la seguridad de que estaba indudablemente perdido!.

Yo estaba en ese momento parado, en el casillero de señales en la popa —el barco moviéndose a un promedio de cinco nudos— y sólo tuve tiempo de voltear, y ver que el hombre luchaba emergiendo en la superficie de nuestra estela. Estaba aturdido y ahogándose, incapaz de levantar la cabeza del agua; pero a pesar de eso parecía comprender las señales de los oficiales, dándole ánimo para que se esforzara hasta que llegara la ayuda. Ya se habían cortado las boyas, virado el barco, y bajado dos botes con hombres pero en la confusión y la prisa, enredaron las poleas y casi al llegar los botes al agua no se podían desenganchar, y dada la velocidad del barco, en un instante se inundaron y se hundieron; y en lugar de un pobre hombre luchando por su vida, catorce del grupo estaban en peligro de muerte!: tres tenientes, un guardiamarina y diez tripulantes. Yo estaba ciego de agonía; y sabiendo que quedándome en cubierta sólo estaba en el camino de otros que hacían todo lo posible para rescatarlos, bajé a mi camarote para dar rienda suelta a los sentimientos que me embargaban, con ardiente súplica y lágrimas para que el Oidor de las plegarias tuviera piedad de nosotros —que nos perdonara los juicios de Su Providencia— y redimiera esas vidas expuestas a la muerte en el elemento marino.

En cuanto al hombre que se cayó de lo alto, lo di inmediatamente por perdido; pareciéndome imposible que después del impacto que debió haber recibido al golpear el agua de tal altura, todavía pudiera mantenerse a flote con el tiempo adicional que ahora se necesitaba para su rescate; pero, felizmente, uno de los salva-

vidas flotó tan cerca de él, como para llamar su atención; y agarrándolo le fue posible sostenerse, evitando ahogarse hasta que un bote, que fue bajado tan pronto se pudo, con mejor suerte que los primeros dos, lo rescató.

Mas, felizmente, en vez de muchos ahogados, todos escaparon con vida, algunos que no sabían nadar agarrándose de los botes: tres poniéndose los salvavidas, y otros tres nadando. Un momento más de demora en la llegada de los botes y uno, si no dos, hubieran muerto. Uno de los tenientes —gran oficial y el favorito entre sus compañeros y la tripulación— después de luchar hasta casi rendirse y pidiendo ayuda a un compañero de al lado, que de habérsela dado los hubiera envuelto en la misma suerte, exclamó: “¡entonces debo irme!” y habiéndose hundido y salido ya dos veces e iba ya por la tercera vez bajo el agua, probablemente para no volver a salir, cuando el bote se acercó tanto que uno de los tripulantes, viendo el peligro, se arrojó al agua y cogiéndolo del pelo logró sacarlo. Estaba completamente sin sentido cuando fue subido a bordo; y después de resucitarlo, pasó una gran angustia hasta que logró caer en un profundo sueño.

La escena fue de impacto muy fuerte, pero la buena suerte para salir de esta aventura, coronó todo con visible misericordia.

Al acercarnos al “Brandywine”, el “Guerriere” saludó la bandera del Comodoro Jones con trece cañonazos; que fueron devueltos al pasar frente a su popa, y anclamos dentro, en línea con su pareja “Vincennes”. El “St. Louis” al mismo tiempo se colocó fuera del “Vincennes” en línea con el “Brandywine” y la goleta “Dolphin” a la popa de todas, incrementando el número del escuadrón. Una corbeta inglesa y otra francesa, con una flota de mercantes estaban a nuestra vista. Y de acuerdo a la etiqueta social, rápidamente enviaron botes que llegaron al lado del “Guerriere” para presentar el acostumbrado saludo al Comodoro Thompson.

Como se acercaba la noche, no dejé el barco hasta la mañana siguiente, cuando ofrecí mis respetos al Capitán Finch del “Vincennes” y a los oficiales del barco, con los cuales me voy a relacionar muy pronto. Quedé encantado con mi visita. El capitán me recibió con mucha cortesía y me dio gusto escucharlo como a hombre de mundo, no sólo por ser un oficial inteligente y eficaz, sino también por ser un hombre amigable y agradable. El Teniente Stribling, primer oficial, es abiertamente piadoso, y todos los caballeros de la sala, según me han dicho, poseen excelente carácter. El “Vincennes”, una corbeta de 24 cañones, se dice que es la más hermosa embarcación de su tipo, y la más rápida de nuestra ar-

mada. Parece estar en muy buen estado. La cabina es muy elegante, y la sala es limpia y confortable, como una sala de recibo en casa.

El Capitán Finch ya ha recibido del Comodoro Jones las órdenes que le transmitieron del departamento naval, ordenando su retorno a los Estados Unidos, por las islas y el Mar de la China, y facilitándolo por mi paso al barco. Sin embargo no va a navegar hasta dentro de 10 o 15 días; lo cual me dio gusto escuchar, porque así me beneficiaría con unos cuantos días en tierra; una miradita a Lima, antes de ser llamado para volver a hacernos a la mar.

Mientras estaba a bordo del "Vincennes", recibí una invitación del Comodoro Jones para visitar el "Brandywine". Antes de la llegada del "Guerriere", ese día estuvo señalado para su partida a los Estados Unidos, llegara o no el escuadrón de relevo al Callao y todavía estaba indicada su partida. Todo a bordo estaba alborotado por los preparativos, pero el Comodoro insistió gentilmente en que me quedara a comer ya que así iba a tener el placer de conocer al Dr. Boyd y al Sr. Cox, el cirujano y el sobrecargo de la fragata, y de encontrarme con el Dr. Mc Call, antes del "Dolphin", un antiguo amigo y compañero de colegio.

A las tres en punto se dieron órdenes de levar anclas y mientras la fragata se soltaba de sus amarras, el "Guerriere," el "Vincennes" y el "St. Louis" dieron tres hurras que hicieron resonar el espacio, y todo corazón americano vibró de emoción; ante lo cual llegó la respuesta llena de entusiasmo por los afectos a su tierra, dada por los quinientos tripulantes del "Brandywine", colgados como pájaros de los obenques; e inmediatamente después, mientras salíamos rápidamente, partieron a su destino. El "Vincennes" la siguió como cumplido hasta la ensenada, y después de intercambiar saludos, volvió para tomar su posición bajo la bandera del Comodoro Thompson.

Hay siempre mucha etiqueta en estos movimientos: el viernes, conforme llegábamos en el momento que se podía distinguir con largavistas la bandera azul del Comodoro Jones, fue arriada la del Comodoro Thompson y la sustituyó una roja —la del Comodoro Jones—, mientras que permaneciera al mando, y no fue hasta que el "Brandywine" dejó la bahía que la azul volvió a flotar del mástil del "Guerriere".

Esperando estar en Lima el próximo sábado —el único que había entre hoy y el día de partida del "Vincennes"—, ayer di un sermón de despedida aquí, y tuve una prueba del interés y afecto que me tiene la tripulación del barco. No fue hasta ese momento,

excepto entre oficiales, que todos supieron de mi cambio al "Vincennes". La introducción de este punto al final de mi discurso, dio lugar a que muchos de éstos pasaran la tarde comentando agradablemente y manifestando su deseo de asegurar sus buenos sentimientos. "¡Oh Sr. Stewart, me da tanta pena que nos vaya a dejar!" se oyó una docena de veces por parte de los oficiales jóvenes, mientras que los tripulantes desde donde se les encontraba miraban gentil pero tristemente, mientras que decían "Sr. Stewart, todos sentimos que nuestro mejor amigo nos deje —no sabíamos que lo íbamos a perder— se habla en todo el barco, y no sabemos cómo vamos a soportarlo." Y cuando llegó la noche, bajo la impresión de que me iba a unir al "Vincennes" hoy, mi habitación se llenó de gente como en una corte, con hombres honestos ansiosos de testificar hasta el último su respeto y buenos deseos.

No necesito decirle, querido H, que mi propio corazón está sinceramente afectado en vista del traslado. Estoy sincera y cálidamente ligado a toda la tripulación del barco, y "la redención de sus almas" ha sido realmente "muy preciada a mis ojos". No puedo sino esperar que cualquier esfuerzo que yo haya hecho por su bienestar temporal y eterno no sea en vano. No obstante la gran maldad que se percibe en mucho de lo que se ve y se oye de cada persona, hay alguna apariencia al menos de que existe un "terreno cultivable en los corazones de muchos" y que están preparados para la buena semilla de la palabra de Dios. Y donde se me permita quedar puedo todavía ver florecer una rica cosecha para la vida eterna. De lo que ya ha sido cosechado, mucho ha caído a un lado del camino y recogido por las aves del aire; mucho puede permanecer sepultado entre las espinas, donde está ahogado, y mucho de lo que ha florecido con aparente alegría puede caer sobre terreno empedrado, y no teniendo raíces en sí mismo, puede marchitarse y morir. Sin embargo espero que algo haya caído en el terreno bueno del corazón sincero y honesto y todavía producir abundantes frutos de paz y justicia, para la alabanza y gloria de Dios.

Si la bendición de recibir la corona de la verdad y la fe del evangelio de salvación al fin va a ser mía, confío que entre las pocas joyas, "de las almas redimidas" que puedan adornarla, van a haber dos o tres por lo menos sacados de esta oscura moral de espíritus inmortales. Si así es "no a mí, no a mí, sino a tu nombre Oh Señor, sea la alabanza".